

# JOSÉ LUIS CANO: DE LA SOMBRA A LA LUZ

Juan Emilio Ríos Vera / Licenciado en Filología Hispánica.

La evolución poética de José Luis Cano se puede dividir en dos etapas claramente diferenciadas desde el punto de vista de las imágenes, los campos semánticos, los símbolos y las metáforas que utiliza. De esta forma se puede apreciar de forma fehaciente y rotunda un viaje desde la más completa oscuridad hacia una luz deslumbrante y cegadora, que todo lo reanima, que enciende las sombras más profundas con su incendio devastador de luces imparables, de fuegos multicolores, de matices desconocidos, de tonos pastel y luminarias, de faros proyectados hacia el interior de las entrañas, de un resplandor que asesina el sombrío recuerdo de unos tiempos bárbaros y apagados.

Esta primera época, el tiempo de las sombras, abarcaría los poemarios bien escritos en Algeciras o bien escritos fuera pero donde recrea los ambientes algecireños y los recuerdos de su adolescencia, es decir *Sonetos de la Bahía*, *Voz de la muerte* y *Las alas perseguidas*. La luz se hace a partir de *Otoño en Málaga* y continúa creciendo su fulgor imparables en libros como *Luz del tiempo* y *Poemas crepusculares* -sus títulos lo dicen todo- y posteriormente en *Poemas para Susana*, *Retratos* y *evocaciones*.

Para comenzar este tránsito desde el túnel más lóbrego hacia el deslumbramiento, hay que tener en cuenta que José Luis Cano casi desde el origen de sus días padece una serie de desarreglos de carácter que lo convierten en un joven tendente a la tristeza y a la melancolía, al tedio y a la pasividad y que como él mismo reconoce en su autobiografía *Los cuadernos de Adrian Dale* llegó a sufrir de neurastenia, pasando largas horas postrado en el lecho entregado a un sueño balsámico y reparador que lo mantuviera lejos de ese "spleen" del que hablaba Baudelaire en sus *Flores del mal*, es decir, una especie de fatalismo literario y reposado, un fatalismo romántico que lo acosaba sin descanso y que lo agotaba hasta la extenuación, y que prácticamente aniquilaba su personalidad, sobreviviendo sólo el instinto de conservación que es lo último que se pierde, y que no es otro que el instinto sexual, una pulsión que lo sustentó en esos años de tedio.

Con sus propias palabras Cano nos ilustra de forma magnífica esa época de oscuridad y de penumbras en las que estaba sumido en su primera juventud:

*“Odio todo lo que sea brillar, ya sea en política, en arte como en literatura. Una vida puede ser oscura y no por eso dejar de ser hermosa. La luz que desprende un espíritu puede no pasar la piel del cuerpo en que vive, pero iluminar vivamente ese cuerpo y esa vida. Conozco una vida hermosa y nada brillante, la del poeta Emilio Prados, que sin embargo ilumina a todo el que se le acerca”.*

En otro párrafo de esta autobiografía dice de si mismo:

*“Me sentía tan cansado del mundo y de mi propio cansancio, que a veces me quedaba contemplando los árboles horas enteras. No es que me hallase fatigado de ninguna pasión, ni tampoco de una melancolía trasnochada, era mi propia debilidad, mi ineptitud para la existencia Corriente, lo que me había ido separando poco a poco del mundo hasta hacerme perder el gusto por la vida. Era el mío un hastío claro y desapasionado, sin dudas ni claudicaciones sentimentales. Había olvidado aquellas cosas en mi adolescencia me hablan empujado a grandes melancolías desesperadas: el amor, la duda religiosa, la pasión por la música y por los libros. Todo esto, mi pensamiento solo, me embrutecía lamentablemente. Para mi, todo aquello era densa niebla gris, algo desvanecido y sin fuerza. Y la curiosidad de saber cómo resolverla ese cansancio, que me asustaba por lo demasiado tranquilo, era quizá lo único que me sostenía con vida. En ninguna parte hallaba lo humano. ¿Estaría en otro mundo?. Aquel aire teatral de las cosas y los seres me cansaba. No podía soportarlo. Buscaba un papel que representar en la vida, no podía estar fuera del mundo. Entre tanto, para mitigar mi hastío incurable, me entregaba al sueño como a una playa acogedora. En las horas que no dormía meditaba sobre el papel que pensaba representar en el mundo: era el de suicida.”*

Una vez radiografiada la existencia de José Luis Cano en esa época de sombras, vamos a diseccionar su obra poética vinculada a Algeciras para analizar como se plasma en imágenes y símbolos ese *spleen* que le aniquilaba el espíritu.

En su primer libro, *Sonetos de la Bahía*, la presencia de la palabra “sombra” es obsesiva y todas las metáforas, imágenes y símiles que utiliza en este poemario giran en torno a la idea de oscuridad, penumbra y sombra:

En la serie “Cuatro sonetos al Peñón” el poeta algecireño se refiere a Gibraltar en segunda persona, con vocativos emocionados y preñados de sentimientos tortuosos, En el segundo cuarteto del primer poema de la serie le dice:

*“Te duele el seno amargo, que ayer era  
vasta cueva sin voz, sombra de estío,  
por no saber si es viento, espada o río  
lo que en mis arenales desespera”.*

Y en el segundo terceto del segundo soneto de la serie:

*“Reclinada a la sombra de Occidente  
sueñas con el amor de aquella espada,  
perezosa y doliente, oh roca mía.*

El sentimiento de que Gibraltar añora a España y de que es una sombra de lo que fue bajo el dominio español se repite a lo largo de estos cuatro sonetos:

*“Quisiera adormecer junto a mi pecho  
tu testa antigua de andaluza inglesa,*

*y esa flor de tu ocaso malva, y esa  
sombra tuya que se hunde en el Estrecho.”*

De esta forma reza el primer soneto del tercer poema de la serie y de esta otra termina el soneto que cierra la serie monográfica sobre Gibraltar:

*“Mirando estoy tus sombras y cadenas,  
oh, roca sin amor, y en mi atalaya  
tocando estoy tus alas y tus penas”*

Sin embargo el vocablo “sombra” no se va a referir solamente a la triste roca prisionera que suspira por volver a ser andaluza y española sino que en sucesivos poemas también el propio poeta se va a autodefinir como una sombra a la deriva en el poema intitulado “Al mar, solo”, y en “Ave de amor” José Luis Cano nos habla de aquel hastío que le dominaba, de aquel funesto hado al que los galenos llamaban neurastenia y al que se refería como “*un heridor deseo, el sueño, el hado aquel que distraía mi tormento cuando en la oscura sed de mi aposento la soledad hendía mi costado, hoy sólo es sombra de una dulcedumbre, de aquel vuelo que fue, de aquellas oías que irisaban mi pluma adolescente*”.

Pero en su proceso de polisemia irrefrenable, la palabra sombra va ampliando sus significados y convirtiéndose en símbolo de más elementos cada vez. En “Sobre unos labios muertos” poema dedicado a Federico García Lorca la sombra es ya lo que sobrevive del aliento cálido del poeta granadino:

*“La gloria de tu aliento ya no evoca  
calientes rosas de esta tierra dura  
sino la sombra y soledad futura  
de tus labios de mar...”*

El poeta está extasiado por la oscuridad de su infierno lóbrego y en su fotofobia como un vampiro en su ataúd huye de la luz y hasta le enamora la sombra del vuelo de una alondra sobre el desnudo azul de la bahía o le parece triste la calentura que invade la solitaria sombra de una rosa.

La sombra se convierte, así mismo, en el refugio del poeta agotado y herido por los sinsabores de una existencia tortuosa y absurda:

*“si a la sombra del aire de tu olvido,  
herido voy a ti y herido vengo  
a este oscuro pinar donde entretengo  
mi sangre en soledad...”*

La playa, la bahía, la orilla del Rinconcillo que compartía con Yaya provoca pánico al poeta que aconseja a su enamorada que “*deje esa orilla, amor, deja su oscura sombra mortal, y olvídate del mundo, porque este mar recuerdes olvidando*.” Algeciras toda es una sombra inmensa, una sombra alargada de ciprés que contempla los fusilamientos en el paredón del cementerio, una sombra eterna de presidio y de miedo, sombra de lo que fue en el claroscuro cielo de la bahía que se llega a odiar por los recuerdos negros, por las pesadillas tan tangibles en la carne viva de la piel que se estremece. Hay que huir de esas playas antaño maravillosas y ahora cegadas por la sombra de la muerte. Huye, Yaya, huye con tu cuerpecito de algas de esta oscuridad que acabara devorándonos a todos.

Todo el Universo de la Bahía está compuesto de sombras: sombras son las siluetas fugitivas de los contrabandistas que se recortan por los barracones solitarios de la noche huyendo de la guardia civil.

## Comunicaciones

En otros poemas, como es el caso de "Atardecer", el propio poeta se convierte en una sombra vaga e imprecisa que oculta los verdaderos rasgos físicos de la desaparecida persona que la proyecta en su total eclipse sin remedio. Así, incapaz de acariciar por sí mismo el seno soñoliento de la amada, son sus dedos intangibles de sombra los que acarician sin tocar la blanca carne de arena del Rinconcillo de la mujer ansiada, no hay piel ni hueso posible, no hay carne ni vena que palpita en la geografía abatida del poeta, no hay posibilidad de contacto físico, no hay ni un dedo vencedor de la aniquilación, del anquilosamiento de un cuerpo que queda enquistado en su derrota, en su dudoso bálsamo de sueño eterno, en su letargo indefinido. Sólo los ojos de sombra pueden ver la luz que hay más allá, lejos del agujero, de la madriguera donde reposa el cuerpo agotado, mordido por los dientes feroces del tedio y el cansancio. Así los ojos de la amada sueñan a la sombra mía, afirma el poeta en su convencimiento total de la impotencia de la física parte de su existencia marchita. El hombre no es ya de carne, hueso y sombra sino solamente de sombra que anula cualquier atisbo de luz en las neuronas anuladas por el peso enorme de una vida no deseada ni comprendida.

Y de repente Yaya desaparece bajo las aguas del mar que amaba y se hace de mareas los líquidos brazos y las piernas, Yaya se sumerge en un seguramente metafórico Mar de los Sargazos que se traga todo cuanto toca y ya nadie oye su voz que sonaba rotunda por los pinares que daban sombra a la melancolía de la novia del poeta que era todo él ya sombra y soledad, apatía y sueño.

Y entonces nos encontramos con un poema revelador que reproduzco en su totalidad debido a la importancia de su mensaje, de su mensaje inequívoco y rotundo:

### ESTÍO

*Una dura raigambre de alto helecho  
he elegido por tumba prematura  
en esta soledad de tierra oscura  
donde gime la sangre de mi pecho.*

*Lejos está el amor. Aquí cosecho  
un bronco sol para mi sepultura.  
Aquí crece mejor la quemadura  
que quiero para el fondo de mi lecho.*

*Todo ese inmenso mar no bastaría  
para volver a la vida y la mirada  
a esta osamenta gris, a este esqueleto.*

*Hace tiempo que amó. Ya no sabría  
dar su ofrenda al amor, su calcinada  
sangre, su corazón lejano y quieto.*

En este espectacular soneto de claroscuros y de contrastes nos encontramos con un poeta que reclama una prematura muerte ya que la ausencia de la amada le ha abocado irremisiblemente a una tumba temprana y ansiada a la que el poeta se entrega gozoso. El único nexo con la vida, el único anclaje que lo separaba de la muerte definitiva, su amor, Yaya se ha ido para siempre. Y la soledad más absoluta sume al poeta en un estado catatónico que le inyecta grandes dosis de muerte en sus dormidas venas. El poeta quiere enterrarse vivo aparentemente bajo un alto helecho donde nadie le interrumpa el sueño, donde nada pueda reclamarle a una vigilia que nunca ha deseado, a una consciencia agotadora y lacerante a la que hace años que el poeta renunció. Su soledad es una soledad de arena oscura, ya que la única luz que iluminaba la playa de su existencia era



Vicente Aleixandre en un vasto dominio. Homenaje al poeta en el Ateneo de Madrid. De izquierda a derecha: Alejandro Sanz, Carlos Bousoño, José Luis Cano, José Prat, Concha Zardoya y Leopoldo de Luis (2 de octubre de 1991). (Archivo A. Sanz)

esa tierna muchachita a la que han tragado las olas como barquito frágil de papel. La sangre de su pecho, sin embargo, cobra una vida inesperada y en una prosopopeya inaudita gime ya que el propio hombre no puede hacerlo debido a la postración de su organismo.

El poeta, cansado de silencio y soledad, de sombras y oscuridad, quiere todo un sol para su tumba, pero no es un sol rotundo, un sol luminoso ni poderoso, es un bronco sol que no destruye las sombras, un sol derrotado que sólo sirve de mortaja hacia el eclipse total de un alma que nunca sintió cercana.

Bajo ese helecho acogedor, bajo ese tímulo ansiado, el hombre de sombras quiere calcinarse la carne con la quemadura de un sol violento, un sol que le incendie la fría médula de sus huesos fríos. Su muerte será un incendio de fuegos fatuos, una hoguera donde matar las sombras y los espectros, donde se quemen las alas polvorientas los negros murciélagos del silencio y del tedio.

Así reducido a esqueleto mondo, a osamenta gris y fría, desnudo de carne y de nalgas, desprovisto de ligamentos y venas, del corazón de hielo y de las arterias de cieno, de las neuronas del tedio y de los pensamientos siniestros, de los negros leucocitos y de todo testículo obsoleto, el poeta quiere esparcir sus huesos por la tierra incendiada de su playa desierta, y no habrá mar posible que resucitarle pueda ya el aliento, no será ave fénix que resurja de la incendiaria ceniza de su recuerdo. Será ya sólo sangre calcinada, corazón lejano y quieto, sólo tibia sin alma, sólo rótula como refugio de alacranes, sólo frío cráneo sin pensamientos, muerte total, muerte irreversible, donde el alma, si la hubo, quedó en el triste pellejo sepultada, en

el envoltorio inútil desdeñado, en el papel de regalo que se queda junto a la hueca caja de bombones maldiciendo su fugaz misión en el universo inmenso de un fugaz momento. Así el poeta cada vez es más prisionero de una Naturaleza sombría y apagada que va encerrando al indefenso recluso en un universo opresivo y lacerante que terminarían- por confundir y aturdir los sentidos del creador de versos que no tiene otro refugio posible que la almohada de la arena de su playa perpetua donde consumó sus primeros esponsales, su primera boda fugaz que el viento hombrón se encargó de desbaratar entre el silencio.

*“Que sombra de pinar, qué oscuro viento  
confunden mi cabello aquí yacente  
con la broza que dejas diariamente  
para almohada de mi pensamiento”.*

No cabe duda que la utilización de esas metáforas rotundas: oscuro viento, eco frío, sombra mortal son claras alusiones a aquella guerra absurda que sorprendió al poeta en la maravilla interior de sentirse joven, vivo, enamorado y poeta y que como un viento helado lo fue marchitando hasta postrarlo en un lamentable estado de decadencia y de pasividad raliana a la dejadez de toda función vital salvo el sueño. Ese sueño en el que el poeta dirime una lucha terrible contra la sombra que le tiene eclipsado el pensamiento, el intelecto y hasta la capacidad de comunicarse o de manifestar sus sentimientos. En esas largas postraciones donde sus ojos se sumergen en la negrura de lo inconsciente el poeta siente la esperanza de abrirlos alguna vez con la alegría de que esa negra sombra que lo envuelve y le castra las emociones sea un relámpago de luz cegadora y beatifica que le devuelva el paraíso perdido y que le permita descongelar su espíritu y salir para siempre de la crisálida en la que está maniatado entre el silencio y la quietud. Por ello en el poema “Las dos alas” afirma:

*En esa arena azul tengo clavada  
un ala de mi sueño pensativo,  
y vanamente a su blancor cautivo  
quiero arrancar la sombra delicada.*

*Sombra que yo quisiera ver dorada  
por algún dulce fuego fugitivo...*

El joven poeta quiere dejarse morir a la sombra del mar, entreabiertos los labios y con la herida abierta en su costado pensativo para que el azul de la bahía embellezca la sombra ya sin sueño fugaz sino definitivo de un poeta convertido en sombra sin latido, sombra total, total eclipse ya sin despertares. Y es que como decía Taine “*el único medio de soportar la vida es olvidarla, es decir, su terrible y pavoroso misterio, olvidar su esencia insondable para no ver ni amar sino su bella y varia imagen humana: los árboles, los ojos, la lluvia, el mar, la belleza o como para nuestro poeta la bahía de Algeciras, la playa de los Ladrillos, el Rinconcillo... y es que como dice el propio José Luis la guerra tuvo la virtud de hacerme olvidar completamente el misterio de la existencia, de no preocuparme por él. Cuando la presencia y el contacto diario con la muerte debía avivar en nosotros el sentimiento del misterio humano, ocurrió lo contrario, nos habituamos a ver de cerca la helada imagen conocimos su poder y su dominio, como actúa sobre los cuerpos, y esta constante comunicación, ese roce diario nos aleja del pensamiento de un misterio que creíamos terrible y que es tan simple en apariencia*”.

Así en su segundo poemario *Voz de la muerte* el poeta hace una oda a esa compañera íntima de fatigas a la que conoció tan bien y con la que tantas experiencias compartió, y a modo de otro pero distinto Jorge Manrique la trata con dulzura, como a una madre protectora, como una bella dama suspendida en el aire como un pájaro, hermosa como el mar en que naces, bello como la luz que ansía es su silencio reconfortante, de la mirada de la muerte florece una luz tan pura que el poeta como sonámbulo camina hacia a ella sin importarle tener que cruzar para siempre la fría laguna que separa su cuerpo de ese amanecer



ATENEOS DE MADRID  
SECCION DE LITERATURA

Lunes, 3 de mayo de 1993, a las 19.30 horas

**PERSECUCION DE LA PALABRA  
HOMENAJE A JOSE LUIS CANO**

SALON DE ACTOS

C/. Prado, 21



*Persecución de la palabra. Homenaje Nacional a José Luis Cano en el Ateneo de Madrid (3 de mayo de 1993). (Archivo A. Sanz)*

## Comunicaciones

de estío que los hombres desdeñan, ignorantes, y que él, sin embargo, ha aprendido a amar. La vida es una sombra, una ilusión demacrada y oscura, una existencia débil y apática pero la muerte es tan hermosa, es tan placentero el éxtasis de su abrazo consolador, tan caliente y dulce el aliento que invive en su pecho y es tan fría la carne de los hombres, tan aterido andamiaje el esqueleto, tan helado disfraz el de la piel y los huesos, tan frío el río de la sangre y tan cálida la mar que es el morir que el poeta corre hacia su beso de cálidos labios, hacia su sol sempiterno, hacia su incendio definitivo.

Sin embargo en este libro todavía hay mucha oscuridad, muchas sombras que devorar pero el incendio aunque pequeño y débil ya ha comenzado. Estamos en la lucha definitiva, en el periodo de los claroscuros, en el punto de inflexión hacia el día eterno, hacia la luz que no se agota, hacia el rayo que no cesa.

Y entonces llega La Tormenta que todo lo convulsiona, que todo lo ilumina con la luz de sus relámpagos anhelados, la lluvia limpiará toda huella de tedio y de hastío, y purificará el alma lacerada del poeta, que por fin sentirá en sus carnes heladas el estallido de la luz liberadora de una luz que todavía, sin embargo, es sólo intermitente como un relámpago que incendiara la oscuridad por un segundo pero que fenece tan rápidamente que apenas da tiempo de ver su algarabía desatada de claridad.

*“Las largas alas de los relámpagos atravesaban mi pecho,  
iluminándolo con su estruendo de luz  
hasta desterrar de su sombra la pena y la palabra  
del amor.”*

Sin embargo toda esa luz repentina no hace sino recordar al poeta que todo un mar de fuego y de luz le separaba de su amor, tan lejano en la inmensidad de la noche. Tras la tormenta el corazón del poeta se queda ciego a la resucitada belleza de la luz quizá cegado ante tanta luz desatada y no prevista, ante tal empacho de luz anhelada como si fuera la última, ante tanta energía desatada, así el corazón del poeta se vuelve de nuevo de pedernal de fría piedra y se vuelve de espaldas al nuevo día. De nuevo el poeta se siente solo, errante en la oscuridad de una galería sin ventanas, es de nuevo un ser abisal que hubiera visto el sol por un segundo y sus ojos se hubieran roto ante la caricia cálida de sus rayos dulcemente asesinos, unos ojos que no estaban capacitados para recibir tal puñalada de blancura y de esta manera vuelven los fantasmas de la neurastenia, del spleen que lo atrapara en la adolescencia, las negras aguas del recuerdo que no muere ciegan de nuevo la ventana que da al mar por donde Yaya miraba los veleros cogidos de la mano de José Luis. Ahora no hay ya ni siquiera mirador que divisar pueda el perdido mar, la perdida bahía diluida en el recuerdo.

La simbología de Cano pierde los ojos totalmente en estos poemas de *Voz de la muerte*, y de esta forma mediante el obsesivo uso de la prosopopeya el poeta convierte a todos los elementos de la naturaleza y a los propios sentidos en ciegos seres que chocan contra las paredes de una oscura cárcel donde no hay ventanas, donde no hay vericuetos que dejen entrar la claridad del día, donde no hay resquicio alguno a la luz: *“labios casi ciegos, inmensa flor oscura, el mar es una sombra de agua, cegada ventana, una extraña nada impotente y ciega, corazón ciego a la resucitada belleza de la luz”*. La luz ha matado, paradójicamente, la posibilidad de captar un nuevo resplandor, ha deslumbrado los ojos del poeta y lo ha convertido en un ciego inesperado que como un inocente cervatillo se encuentra perdido en un bosque negro. Así, ciego y solo, el poeta se pregunta. ¿Están aún vivas las cosas? ¿Dónde está mi corazón vivo?. No siento ya mi carne. Solo el vuelo gris de una ave yerta va desterrando luz y ramas del río helado de mis venas.

El poeta ciego confunde su ceguera con una total incapacidad para sentir, así se cree además de ciego, mudo, sordo e insensible para cualquier tipo de sensación, de esta forma sólo siente su propia carne bajo la caricia de las yemas~ ciegas de sus dedos que no reconoce el calor de la piel, la turgencia de las carnes extasiadas, el roce de unos huesos helados, El poeta

confunde la ceguera con la proximidad lacerante de una muerte inevitable y se cree morir en un mar de aguas negras petrificadas como carámbanos de negro silencio que hiela su carne tumefacta. Y así exclama confundido:

*“Mira mi vida evaporada,  
sin voz ni peso, luz ni sangre,  
ya desprendida de tu seno,  
de tus barrancos y tus aires”.*

Así una falsa muerte sorprende al poeta al alba y mata por enésima vez un cuerpo que cree que todo eclipse es muerte, que todo agujero negro en el cerebro es una muerte definitiva e irreversible, que todo decaimiento del cuerpo es una muerte más. De esta forma el poeta se acostumbra a morir parcialmente en cada apagón repentino de su existencia abisal. Pero cada muerte siempre habrá un nuevo sol que descubre la falsedad reiterada de una muerte con minúsculas que el poeta necesita para ir quemando etapas en su periplo hacia la luz definitiva, y que le sirve para despojarse de una nueva piel oscura e inerte, el pez abisal se acerca ascendiendo por siete esferas hacia el incendio de las venas.

La muerte es gris, gris su lengua, gris su corazón, y es serena y dulce, es una semimuerte, una pseudomuerte que el poeta conoce y sabe que no es la definitiva, no es negra aún sino gris, quizá cuando llegue la verdadera muerte no se pueda creer el cuerpo moribundo que sea la irreparable, la auténtica, la irreversible. Como el propio poeta afirma en uno de los versos de su poema “Encuentro en la calle” su presunta muerte es una muerte a fuerza de luz, una muerte por saturación de una luminosidad tomada a grandes tragos, a bocanadas demasiado violentas, una muerte por sobredosis de claridad, una no vida por deslumbramiento repentino, porque más que una muerte lo que el poeta experimenta es una falta de vida, un catatónico estado de vigilia pronunciado, un hibernamiento prolongado, una catalepsia que el propio poeta confunde con la muerte.

Cano como un Guadiana que cierra y abre los ojos al mundo vuelve a entregarse a la muerte y al olvido, una vez más superado por una vida que le agota extraordinariamente.

*“Vuelvo a morir. Morir  
es de nuevo olvidarte.”*

En esta postración, el poeta, entregado a la placentera muerte, no quiere abrir los ojos por miedo a la demasiada luz de nuevo y así los besos de la amada a través de las imágenes recordadas de antaño sólo pueden encender vagas algas errantes, sólo espumas ya frías, névea sombra de duelo, de un cuerpo que allí yace como un agua olvidada.

El descanso es sueño, es el nuevo bálsamo de Fierabrás que cierra las heridas y cura el mal de la impotencia a vivir, el sueño es el no sentir, el no ser, el no saber de nada, la catarsis total de los sentidos:

*“Sueño largo en las ondas  
de unos ojos dolidos,  
que aún duermen su belleza  
entre juncos amargos.”*

Tras el largo sueño, termina la muerte del poeta y resucita de sus propias cenizas como una ave fénix gloriosa que en los primeros instantes de su nueva vida confunde la vida y la muerte, la vigilia y el sueño y se pregunta:

*“¿He nacido otra vez? Ya lo siento  
un cuerpo humano, azul, que me encadena.”*

Con la nueva vida vuelve el presidio lacerante, la cárcel del cuerpo a una alma que el poeta no siente, que no encuentra por ningún lado igual que no encuentra a Dios entre esa niebla que también nubló a Machado.

De nuevo vivo, vuelve la soledad y las sombras alargadas, el eclipse de mar profundo inmoviliza el cuerpo y las ideas, y en el fondo del cuerpo como un niño chico late el corazón como un pequeño reloj ahogado entre las sábanas.

Y el poeta ciego, oye una voz que le pregunta desde la oscuridad:

*¿Vives aún? Acaso  
como un ciego que sigue a ese sol ya deshecho,  
buscas aquellas alas por un muriente ocaso,  
la luz que aquellas plumas robaron a tu pecho.*

Así termina *Voz de la muerte*. En su siguiente libro, *Alas perseguidas*, va a tener lugar la persecución del poeta como un nuevo Icaro a esas alas que son el único pasaporte hacia el sol anhelado y anhelante. En este libro hay un poema donde se remonta con alas retroactivas a su adolescencia y rememora todo aquel calvario. Este poema se titula ,claro está, "Hastío" y dice cosas como éstas:

*"Aún no tenías dieciséis años,  
pero ya te pesaba la sombra de la vida,  
su color macilento de ceniza,  
su gran ala dormida.(...)*

*Todo te cansaba de pronto,  
como una gran ave abatida,  
entre las viejas flores del hastío  
que llenan de sombras la vida".*

Las referencias a Baudelaire y a sus *Flores del mal* son numerosas y sobre todo subyace en la poética de Cano ese sentimiento de impotencia, de stress, aunque aún no existiera la palabra, de spleen como se decía entonces. José Luis Cano es un poeta que nace stresado, neurótico obsesivo, neurasténico y cansado del mundo y en su periplo poético va dejando lastre en el camino y soltando el plomo que le entumecían las alas que le pasaportarán a la luz. Este libro es la adquisición de esas alas y los primeros vuelos de tanteo, el rodaje del joven aviador que al contrario que Altazor viaja en ascenso hacia el infinito y que sabrá hacerse tan de alas la carne y las entrañas que se fundirá con el Sol en una perfecta comunión y no caerá como Faetón o como Icaro con las alas incendiadas e inservibles.

Ahora, alado y en viaje, el poeta se acuerda de nuevo de Dios e incluso llega a aceptar su existencia pero será un dios de sombra, un dios que manda a sus ángeles que depositen grandes rosas de sombra en cada herida abierta. No hay pues armisticio.

El poeta y Dios son antagonistas. El poeta busca luz y Dios es sombra y confusión. En este poemario hay continuas referencias a esa playa sombría y desierta de la infancia que ya se va distorsionando en el recuerdo y que se quiere dejar atrás no sin antes revisar su importante papel en el devenir del hombre que es aunque a veces no se sienta la carne o no se reconozca las manos.

Y de repente se hace la LUZ en la poesía de José Luis Cano. Se encienden de golpe todas las luminarias, se ilumina el paisaje y las sombras ponen pies en polvorosa huyendo despavoridas ante tal aluvión de claridades. Su libro *Otoño en Málaga* supone el definitivo reinado de la Luz y la derrota definitiva de la sombra. Saurón y sus espectros como en *El señor de los*

*anillos* huyen para siempre ante la victoria de la belleza y la Comunidad del anillo. Rivendel, la ciudad de la luz y la belleza resplandece al fin. Sin lugar a dudas Málaga es la Rivendel de Cano, la ciudad donde todo se hace luz. Y es Emilio Prados ese elfo maravilloso que lo lleva de la mano hacia el faro rescatándolo del naufragio de negras aguas.

En su autobiografía *Los Cuadernos de Adrian Dale*, el propio José Luis dice de Prados: “A su lado uno se sentía iluminado por dentro, tal era la luz vivísima que desprendía su espíritu.”

En *Otoño en Málaga* no hay ni una sombra. Todas las imágenes, todas las metáforas, todos los símiles, todas las alusiones están confeccionadas con términos pertenecientes al campo semántico de la LUZ:

*“Cuando el beso acaba, hay en su luz  
un brillo de acostumbrada juventud”.*

*“Qué hermoso está el río con esa luz  
quieta del amanecer”.*

*“Quizá la primavera,  
dore tu rama joven  
frente a claros paisajes”.*

*“Nace el beso en la sangre y su fuego madura  
como el fruto de un árbol a la luz de la tarde(...)  
Un brillo nuevo nace de la boca entreabierta  
mientras redonda estalla la granada del beso  
y el dulce labio herido, ardiente ola ceñida,  
su lentísima espuma destila prisionero”.*

*“Da gusto ver su piel, fresca como la aurora,  
herida tiernamente por la luz del otoño,  
esa luz increíble que mi corazón bebe  
sorbando la mañana como una fruta de oro.*

*Es una luz tan tierna, tan acariciadora,  
que a las cosas propaga una humana ternura”.*

Ya no pesa el cuerpo cuando es un cuerpo de luz, cuando la luz lo lleva, cuando una brisa feliz lo empuja.

El incendio se propaga en su siguiente libro *Luz del tiempo* que justificadamente el poeta algecireño dedica a Emilio Prados, el pirómano maravilloso que puso luz en todo el negro universo de Cano. Es este poemario la luz se expande por el cosmos y ya el poeta deslumbrado por la belleza no necesita la presencia de dios alguno.

*“...un dios que ya no existe,  
que acaso quiso hacerse tierra y hombre,  
fundirse con la luz por su mano creada”.*

Las llamas calcinan en su voracidad las últimas lagunas negras del poeta, los últimos agujeros negros. *Poemas crepusculares* es otro alarido de claridad. Pero ya más que luz son llamas lo que devoran al poeta con sus lenguas de fuego ahítas de caren. El poeta quemado a lo bonzo, se despoja de todo lo físico y accesorio y se funde con lo intangible, con lo inextinguible, como un fuego perpetuo que no necesita ya más madera para arder por siempre:

## EL SUR

*Vivir, morir bajo este sol,  
y en su dorada quemadura  
cerrar los ojos como cuando el beso  
llega a su ardor más hondo.  
Palpar el cuerpo dorado del aire,  
allí donde la sombra es también bella.*

El viaje ha finalizado. El poeta al final de su periplo ya no tiene sombra de dudas y al reconocer que la sombra es también bella, fusiona en un beso sin final su pasado turbulento y sombrío con su presente luminoso en un claroscuro óscuro que armoniza su existencia. Ya no hay rencor, ya no hay miedo, ya no quedan fantasmas del pasado. Las llamas lo han purificado todo en una mágica noche de San Juan. Ya ha terminado el exorcismo como un largo vómito. El poeta se ha hecho de luz hasta las cicatrices más profundas de aquella guerra absurda que le robó el ansia de vivir.

## BIBLIOGRAFÍA

- CANO, José Luis. *Poesías Completas: 1942-1984*. 3ª ed. 1986. Plaza & Janes. Barcelona.  
CANO, José Luis. *Los cuadernos de Adrian Dale. (Memorias y Relecturas)* 1ª ed. 1991. Orígenes. Madrid.